



Thomas Mann

Carlota en Weimar

Carlota en Weimar surge de una anécdota en apariencia nimia, la llegada a Weimar del personaje que sirvió de inspiración a Goethe en *Desventuras del joven Werther*, y su posterior encuentro con el que fuera su apasionado amor, Carlota su amante de juventud, cuando éste cuenta ya setenta y siete años y se halla en la cima de su fama y de su vida. Mann dibuja al representante del clasicismo alemán como el artista que ha logrado la armoniosa fusión en sí mismo entre las personalidades del poeta y el ciudadano.

Sin embargo, no son pocos los méritos y alicientes que ofrece al lector de nuestros días esta obra maestra. Por un lado, el ya célebre capítulo séptimo es recordado como uno de los más espléndidos monólogos interiores de todos los tiempos, que Francisco Ayala explicó como el buceo de Thomas Mann, «a través del alma de su criatura, en los problemas psicológicos y literarios de la creación poética».

Pero además, esta novela, escrita ya en el exilio y publicada por primera vez en 1939 en Estocolmo, se ha leído a menudo como la respuesta de Mann ante la grave amenaza que para la cultura alemana suponía el totalitarismo hitleriano.

*«Entre el ruido y el estruendo
de los transoxianos,
nuestro canto se enardece
a seguir tus huellas.
Nada nos inquieta,
vivimos en ti.
¡Que tu vida dure mucho tiempo,
y tu imperio, siempre!».*

I

Un día casi estival de la segunda quincena de setiembre de 1816, el mayordomo del «Elefante», en Weimar, Mager, hombre erudito, vivió una aventura emocionante. Tuvo una sorpresa tan agradable que a pesar de que el acontecimiento no tuvo nada de sobrenatural, por unos instantes creyó estar soñando.

Aquella mañana, alrededor de las ocho, tres mujeres llegaron en la diligencia ordinaria de Gotha y se apearon en la Plaza del Mercado delante del famoso hotel. A primera vista (y también a segunda) estas señoras no tenían nada de particular. Sus relaciones entre sí eran fáciles de adivinar: madre, hija y doncella. Mager, que se hallaba bajo el pórtico de la entrada dispuesto a efectuar los aduladores saludos de recibimiento, miraba al mozo del hotel que ayudaba a las dos damas a bajar del coche, mientras que la doncella, llamada Clarita, se despedía del postillón, junto al que había estado sentada, dando muestras de haberse divertido mucho en su compañía. El hombre la observaba de soslayo, sonriendo, sin duda por el recuerdo del dialecto extranjero que había empleado la viajera, y la seguía con los ojos con un aire de socarrona meditación, mientras ella se deslizaba del pescante con gran profusión de amaneradas contorsiones y gracias. Luego empuñó la trompeta que llevaba en bandolera y empezó a hacerla sonar con mucho ímpetu, con gran alegría por parte de los rapazuelos y de

los madrugadores transeúntes que habían asistido a la llegada de la silla de posta.

De espaldas al hotel, las señoras seguían junto a la diligencia vigilando el acarreo de su bagaje, bastante modesto. Mager espió el momento en que, ya tranquilizadas, se dirigían hacia la entrada, para salir a su encuentro como un perfecto diplomático, con una sonrisa amable y al mismo tiempo reservada, en su rostro pálido, enmarcado por unas patillas rojizas, el frac correctamente abrochado, un pañuelo de seda surgiendo del ancho cuello, las piernas enfundadas en un pantalón muy ceñido que le llegaba hasta los pies, que eran enormes.

—Buenos días, amigo mío —dijo la señora que parecía ser la madre, una matrona bastante madura, próxima a los sesenta. Era un poco gorda, vestía un traje blanco con capa negra, las manos enguantadas con unos mitones de filadiz y su alta capota dejaba al descubierto unos cabellos grises rizados que, sin duda, antes fueron rubios—. Necesitaríamos albergue para tres personas: una habitación con dos camas, para mí y mi niña (la niña en cuestión no estaba en lo que es dado llamar primera juventud, debía tener alrededor de unos treinta años, y su nariz reproducía la nariz finamente arqueada de su madre, aunque un poco más puntiaguda y un poco más dura) y otra habitación, que no esté muy alejada, para mi doncella. ¿Tiene usted esto?

Por encima de Mager, los ojos azules de la dama, de una distinguida languidez, miraron la fachada del hotel. En medio de sus mejillas, que la edad desfiguraba con unos pliegues de grasa, su boca diminuta tenía una movilidad singularmente agradable. Sin duda su juventud debió ser mucho más atractiva y seductora que actualmente la de su hija. Lo que llamaba la atención de ella era el bamboleo de su cabeza, que podía interpretarse como un modo de reafirmar lo que decía o de pedir una inmediata aprobación, de modo que en rigor parecía menos un indicio de debilidad física que de vivacidad.

—Perfectamente —respondió el mayordomo, y condujo a la madre e hija hacia la entrada, mientras la doncella los seguía haciendo balancear en su mano una sombrerera de cartón—. Estamos, cierto es, completos como de costumbre y podríamos fácilmente vernos forzados a rechazar gente, aunque fueran de calidad; sin embargo, haremos todos los posibles para satisfacer a las señoras.

—Muy bien —replicó la extranjera, cambiando con su hija una mirada de divertida conmiseración por aquel florido lenguaje sazonado con un marcado acento turinés.

—Por favor..., pase usted —dijo Mager, y les hizo un saludo al penetrar en el vestíbulo—. La recepción está a la derecha. La señora Elmenreich, la dueña, tendrá sumo gusto... Permítanme, señoras...

El moño atravesado por una flecha, el busto ajustado en un corpiño muy alto y preservado por una chaquetita de punto contra las corrientes de aire que soplaban al abrirse la puerta de entrada, la señora Elmenreich dominaba por encima de una gran variación de plumas, de arenilla para secar y una máquina de calcular, detrás de una especie de despacho mostrador que separaba el descansillo de la escalera, la prolongación en donde estaba instalada la oficina. Un empleado acababa de dejar su pupitre y, a su lado, hablaba en inglés con un señor vestido con un abrigo de capelina, sin duda el propietario de las maletas amontonadas junto a la puerta.

La hotelera dirigió una apacible mirada a las recién llegadas, sin examinarlas. Devolvió su saludo a la más anciana, respondió con una digna inclinación de cabeza al indicio de saludo de la más joven, y escuchó la petición que Mager le transmitía de su parte; a continuación cogió el plano del hotel y paseó por encima la punta de su lápiz.

—El veintisiete —declaró inclinándose hacia el criado con delantal verde que esperaba cargado con el bagaje de las señoras—. No me queda ninguna habitación con una sola cama; la doncella tendrá que compartir la habitación

con la doncella de la condesa Larisch d'Erfurt. En este momento tenemos muchos viajeros acompañados de su servicio.

La cara de Clarita se alargó cómicamente detrás de la espalda de su dueña; pero ésta ya había aprobado el arreglo.

—Intentarán entenderse mutuamente —declaró, y, ya de espaldas y dispuesta a alejarse, rogó que la condujeran a su habitación y que llevaran las maletas allí.

—Inmediatamente, señora —dijo el mayordomo—. No queda más que una formalidad que cumplir; un asunto de vida o muerte: necesitamos unas líneas de su propia mano. Este minucioso fastidio no se lo imponemos nosotros, sino la Policía, que no puede decidirse a cambiar nada. «Sus leyes y costumbres se perpetúan como una enfermedad eterna^[1]». ¿Tendría usted la bondad, la amabilidad de...?

La dama se echó a reír lanzando de nuevo una mirada a su hija y movió la cabeza sorprendida y divertida al mismo tiempo.

—Claro que sí —dijo—, me olvidaba. Respetemos las formas. Además, por lo que veo, es un hombre listo que ha leído mucho y sabe colocar bien sus citas. —Al hablar usaba la tercera persona del singular, costumbre, sin duda, corriente aún en su juventud—. Deme. —Volvió a la mesa mostrador y cogió, con su exquisita mano enguantada sólo a medias, la tiza atada a un cordón, y sin dejar de reír se inclinó sobre el cuadro de los viajeros en donde ya había algunos nombres.

Escribía lentamente, aguantándose la risa y manifestando su contenida hilaridad sólo con pequeños sonidos exhalados como suspiros. Debido a lo incómodo de la posición, el temblor de su nuca se acentuaba.

La observaban. Por un lado la joven, que miraba por encima de sus hombros; el arco regular de sus bellas cejas heredadas de su madre, elevado hasta la frente, la boca cerrada con un pliegue irónico; por el otro lado, Mager la vigila-

ba, un poco para asegurarse de que no emborrionaba las varias rúbricas subrayadas con lápiz rojo, y un poco también por curiosidad de provinciano satisfecho, diciéndose, no sin malicia, que había llegado el momento en que el extranjero debía renunciar a las ventajas del incógnito y tenía que revelarse a sí mismo ante el mayordomo del hotel. Por no sé qué razón, el empleado del despacho y el viajero británico habían interrumpido su conversación, atentos a esta mujer de cabeza temblona que escribía sus letras con un cuidado casi pueril.

Mager leyó, parpadeando: Consejera áulica, viuda Carlota Kestner, nacida Buff, de Hannover; última residencia, Goslar; nacida el 2 de enero de 1753 en Wetzlar; acompañada de su hija y de su sirvienta.

—¿Bastará esto? —preguntó la Consejera. Al ver que no llegaba ninguna respuesta, ella misma decidió que bastaba, y olvidándose de que la tiza estaba sujeta a un cordón, quiso depositarla sobre la mesa, pero su movimiento fue tan enérgico que el cordón se rompió.

—¡Qué torpeza! —dijo enrojando, y dirigió una rápida mirada hacia su hija, que tenía los ojos bajos y los labios aún irónicamente fruncidos—. En fin, el mal será muy fácil de reparar. ¡Vamos a nuestra habitación! —Y, con cierta precipitación, se dispuso a partir.

La joven, la doncella, Mager y el mozo calvo, cargados con cajas y maletas, la siguieron hacia la escalera del otro lado del vestíbulo. El parpadeo de Mager aún no había cesado; es más, se había acentuado de tal modo, que, a intervalos, el mayordomo bajaba los párpados tres o cuatro veces antes de mirar con sus ojos legañosos fijamente ante sí, abriendo la boca de un modo que podría llamarse, no estúpido, sino estudiado.

Al llegar al primer rellano, obligó al grupo a detenerse.

—Le pido a usted que me perdone —dijo—, le pido mil perdones si mi pregunta... No se trata de una curiosidad vulgar ni impertinente lo que..., pero ¿acaso tenemos la di-

cha de tener entre nosotros a la señora Consejera áulica Kestner, señora Carlota Kestner, nacida en Buff, de Wetzlar...?

—Soy yo misma —afirmó la dama sonriendo.

—Quiero decir... Claro está, es cierto; pero quiero decir..., ¿no se trata de Carlota, por abreviación Lota Kestner, nacida Buff, de la Casa de la Orden Teutónica, de Wetzlar; la de antes, la de otros tiempos?

—Precisamente, amigo mío, pero no soy de otros tiempos, sino muy actual, y de momento deseo ver la habitación que me han designado...

—¡Inmediatamente! —exclamó Mager; e inclinó la frente como si se dispusiera a abrir de nuevo la marcha, pero se detuvo de nuevo, pegado a las baldosas, con las manos juntas.

—¡Misericordia! —dijo con viva emoción—. ¡Misericordia! ¡Señora Consejera áulica! Que la señora Consejera áulica me perdone si mis pensamientos no se ajustan instantáneamente a la identidad de la persona aquí presente y en las perspectivas que se abren... De modo que la casa tendrá el honor, el inapreciable privilegio de albergar a la verdadera y auténtica, al prototipo, si me permite decirlo, de... En resumen: la suerte me ha concedido el honor de encontrarme ante la Lota de Werther...

—Eso parece —replicó la Consejera áulica con apacible dignidad, lanzando una mirada de reprimenda a su seguidora, que se estaba riendo—. Y me alegraría si en esto viera usted un motivo más para conducir, sin dilación, a las fatigadas viajeras que en este momento somos a su habitación.

—¡Al instante! —exclamó Mager, que se apresuró a ponerse en movimiento con paso acelerado—. El veintisiete. Dios mío, faltan dos pisos. Nuestras escaleras no son pesadas, la señora Consejera áulica ya lo habrá constatado, pero si hubiéramos podido presentir... Habríamos, sin duda, a pesar de la afluencia... No obstante, la habitación es muy

confortable; da sobre la plaza del Mercado y no tiene nada de desagradable. Recientemente fue ocupada por el Señor Mayor y su esposa d'Egloffstein, de Halle, cuando habitaron aquí para visitar a su tía, la esposa del primer Chambe-lán del mismo nombre. El trece de octubre, un ayudante general de Su Alteza Imperial el Gran Duque Constantino vivió también en ella. Esto es, hasta cierto punto, un recuerdo histórico: pero, Dios mío, vedme aquí hablando de recuerdos históricos que, para un corazón sensible, no pueden sostener ni la más leve comparación con... Unos pasos más, señora Consejera áulica. Desde la escalera en donde estamos no tendrá que dar más que unos pasos por el pasillo. Todo está recién restaurado, como puede ver la señora Consejera áulica. A fines de mil ochocientos trece, después de la partida de los cosacos del Don, fue necesario restaurarlo todo de nuevo: las escaleras, las habitaciones, los pasillos, los salones de estar; restauración que sin esto no se hubiera llevado a cabo en mucho tiempo. Nos hemos visto obligados por los acontecimientos, por sus imperativas exigencias, de lo cual podría sacarse esta moraleja de la vida, que para renovarse se necesita el auxilio de la violencia... Pero no quiero atribuir sólo a los cosacos el mérito de nuestras restauraciones; además, tuvimos a los prusianos y a los húsares húngaros, sin contar los franceses que les precedieron. Ya hemos llegado. Ruego a la señora Consejera áulica...

Abrió de par en par una puerta y desapareció tras una de sus hojas para dejarles paso. Las mujeres inspeccionaron rápidamente las cortinas de muselina almidonada de las dos ventanas, la cómoda rematada con un espejo de marco dorado, empañado en sus bordes, que separaban dos camas cubiertas por unas colchas bordadas, con un dosel común, así como otros enseres. En la pared, un grabado representaba un paisaje con un templo antiguo. El suelo, recién encerado, brillaba.

—Muy agradable —dijo la Consejera.

—Nos sentiremos felices si estas señoras no se encuentran del todo mal aquí. Si necesitan alguna cosa... ahí está la campanilla. Ya me preocuparé de que inmediatamente les traigan agua caliente. Nos sentiríamos felicísimos de poder satisfacer en todo a la señora Consejera áulica.

—Sí, sí, claro está, amigo mío. Somos gente sencilla y poco exigente. Muchas gracias, buen hombre —dijo al mozo que, una vez hubo depositado los bultos sobre el banquillo y el suelo, se marchó—. También a usted le doy las gracias, amigo mío —dijo al mayordomo, despidiéndole con una inclinación de cabeza—. Tenemos todo lo necesario, y sólo aspiramos a un poco de...

Pero Mager permanecía inmóvil, los dedos enlazados unos con otros, sus legañosos ojos perdidos en la contemplación de los rasgos de la anciana señora.

—¡Oh, dioses —dijo—, señora Consejera áulica, qué gran acontecimiento digno de perdurar en los libros! La señora Consejera áulica posiblemente ni sospecha los sentimientos que puede experimentar un hombre de corazón al que algo inesperado, imposible de presentir, rico en perspectivas emocionantes... La señora Consejera áulica está, por así decirlo, como hastiada de su situación, de su identidad, que a todos nos es sagrada; usted toma esto a la ligera sin duda alguna, y no puede comprender bien lo que agita a un alma sensible, impregnada de literatura desde su más tierna infancia y que no esperaba, ni mucho menos, conocer, encontrar, si me permite expresarme así, una personalidad nimbada de poesía y en cierta manera elevada a lo alto por los brazos de fuego de la gloria eterna...

—¡Mi buen amigo! —replicó la señora Kestner con una sonrisa negativa, a pesar de que el temblor de cabeza (que se había acentuado al oír las palabras del mayordomo) podía pasar por una aprobación. Detrás de ella, la doncella contemplaba con divertida curiosidad al buen hombre casi dispuesto a llorar, mientras que en el fondo de la habitación, la joven, con una ostensible indiferencia, atareábase

en abrir las maletas—. Mi buen amigo, soy sencillamente una anciana señora sin pretensiones, una mujer como muchas otras. Pero tiene usted un modo de expresarse tan poco vulgar, tan correcto...

—Me llamo Mager —dijo el mayordomo a guisa de explicación. Pronunció Mahher con la entonación propia de los alemanes del Centro, que suavizan las consonantes y les dan un tono implorante y conmovedor—. En esta casa yo soy, y esto sin envanecerme, el factótum; como si dijéramos el brazo derecho de la señora Elmenreich, la propietaria del hotel, que es viuda desde hace diez años, habiendo sido el desventurado señor Elmenreich víctima, en mil ochocientos seis, de la tormenta que sacudió al mundo entero en las trágicas circunstancias de las cuales es mejor no hablar. En mi situación, señora Consejera áulica, y en los perturbados tiempos que ha vivido nuestra ciudad, he tenido ocasión de estar en contacto con gente muy diversa, se ven desfilar viajeros muy distinguidos, ya sea por su nacimiento o por sus méritos, y necesariamente uno llega como al hastío al codearse tanto con personajes metidos en los acontecimientos de este mundo y ataviados con nombres que inspiran respeto y estimulan la imaginación. Así es, señora Consejera áulica. Sin embargo, esta costumbre de privilegiado, este encallecimiento profesional, ¿qué es en este instante? En toda mi vida, permítame que lo confiese, no he recibido ni servido a nadie a la vista del cual se me haya agitado tanto el corazón como el espíritu, como en el encuentro de hoy, verdaderamente digno de constar en un libro. Como todo el mundo, yo sabía que la mujer venerada, el arquetipo de cierta figura adornada con gracias eternas, residía entre los vivos y en la ciudad de Hannover; ahora es cuando me doy cuenta de que lo sabía. Sin embargo, esta certeza no tenía consistencia para mí y jamás se me había ocurrido la posibilidad de encontrarme ante la presencia de esta sagrada criatura. ¡Ni soñarlo! Al despertarme esta mañana, hace apenas unas horas, estaba convencido de que el

día de hoy sería semejante a tantos otros, un día mediocre, lleno de obligaciones usuales y normales propias de mi empleo, cerca de la puerta de entrada y junto a las mesas. Mi mujer (soy casado, señora Consejera áulica, la señora Mager tiene un cargo importante en la cocina), mi mujer podría testimoniar que no he manifestado ningún síntoma presintiendo un acontecimiento extraordinario. Pensaba que esta noche, al acostarme sería el mismo hombre que era al despertarme. «Lo que no se espera, muchas veces llega de improviso». «Cuando menos se piensa, salta la liebre». ¡Cuánta razón tiene este refrán popular! La señora Consejera áulica me perdonará mi emoción y mi locuacidad, quizás incongruente. «Cuando el corazón está lleno, la boca se desborda», dice la voz popular a su modo, no muy literario por cierto, pero sí expresivo. ¡Si la señora Consejera áulica supiera el amor y el respeto que yo siento, en cierta manera desde la infancia, por el príncipe de los poetas, el gran Goethe! Y cómo, en calidad de ciudadano de Weimar, me siento orgulloso de que podamos llamar «nuestro» a este hombre insigne... ¡Si él supiera que *Las desventuras del joven Werther* han impresionado tantísimo y siempre a este corazón...! Pero me callo, señora Consejera áulica; sé que viniendo de mí, este homenaje estaría desplazado, a pesar de que en realidad una obra sentimental como ésta pertenece a la Humanidad y proporciona las más variadas emociones tanto a los grandes como a los pequeños, mientras que sólo las clases superiores están, quizá, dispuestas a reivindicar trabajos como los de *Ifigenia* y *La hija natural*. Cuando pienso en las innumerables veces que la señora Mager y yo, los dos juntos, por la noche, a la luz de la vela, nos hemos inclinado, con el alma anegada de tristeza sobre estas páginas celestes y que en este mismo instante, la heroína inmortal y universalmente célebre de estas mismas páginas, se me aparece en carne y hueso, ¡un ser humano, igual que yo...! ¡Misericordia, señora Consejera áulica! — exclamó, y, con la mano, se golpeó la frente—. Hablo y ha-

blo, y, de repente, una idea como un ascua me cruza por la cabeza; ¿ni siquiera le he preguntado si la señora Consejera áulica ha tomado su café?

—Gracias, amigo mío —respondió la anciana señora, con los labios temblorosos, que, durante las expansiones del buen hombre, había evitado mirarle—. Ya hemos desayunado a nuestra hora. Por otra parte, mi querido Mager, llega usted demasiado lejos con sus comparaciones, exagera enormemente confundidme (a mí, o sencillamente a la jovencita que fui) con ese libro de que tanto se ha hablado. No es usted el primero a quien tengo que recordárselo. Al contrario, lo estoy proclamando desde hace cuarenta y cuatro años. Esta figura romántica vive, es cierto, una existencia universal; ha adquirido una realidad tan cierta y clara que se podría afirmar que, de nosotros dos, ella es la verdadera y la auténtica, cosa que a mí me cuesta admitir; no obstante, esta joven difiere mucho de mi Yo de antes; y eso sin hablar de mi Yo actual. Es más, todo el mundo puede comprobar que tengo los ojos azules, mientras que la Lota de Werther, todos lo saben, los tiene negros.

—¡No es más que una licencia poética! —exclamó Mager—. ¿Acaso no sabemos todos lo que es una licencia poética? Y que, por otra parte, señora Consejera áulica, no cambia lo más mínimo la personalidad predominante. Quizás el poeta lo ha hecho para ocultar un poco la pista...

—No —dijo la Consejera áulica protestando con un movimiento de cabeza—; los ojos negros ya vienen de antes.

—Y aunque así fuera —insistió Mager—. Admitamos que algunas pequeñas variaciones disimulan un poco esta identidad...

—Hay algunas muy importantes —interrumpió la Consejera con ardor.

—... la otra, la superpuesta, no es un ser aparte, no es ni siquiera irrecusable la identidad con usted, quiero decir con esta persona igualmente legendaria sobre la que el gran hombre, recientemente, ha trazado en sus Recuerdos

una delicada imagen; y si la señora Consejera áulica no es rasgo por rasgo la Lota de Werther, no deja por eso de ser menos exactamente y sin reserva alguna, la Lota de Goe...

—¡Mi buen hombre! —dijo la Consejera cortándole la palabra—. Se ha entretenido un poco antes de indicarnos nuestras habitaciones, y ahora no se está dando cuenta de que nos impide tomar posesión de ellas.

—Señora Consejera áulica —suplicó el mayordomo del «Hotel Elefante», con las manos juntas—, ¡perdóneme! Perdóne a un hombre que..., mi conducta es imperdonable, lo sé, y, sin embargo, imploro su absolución. Voy a marcharme inmediatamente...; por otra parte me siento impelido, me siento arrastrado lejos de aquí, movido a correr abajo (aparte de hacerlo por complacerla a usted), porque supongo que en este momento la señora Elmenreich no sospecha nada; que hasta ahora ha lanzado apenas una mirada al cuadro de los huéspedes, y que, después de esta mirada, su sencillez de espíritu le ha impedido... ¡Y la señora Mager, señora Consejera áulica! ¡Ardo en impaciencia para presentarme en la cocina y servirle, aún caliente, la gran noticia local y literaria...! No obstante, señora Consejera áulica, y precisamente para completar la emocionante nueva, me atrevo, solicitando al mismo tiempo su perdón, a hacerle una última pregunta... ¡Cuarenta y cuatro años! ¿Y durante estos cuarenta y cuatro años no ha vuelto la señora Consejera áulica a ver al señor Consejero íntimo?

—Así es, amigo mío —respondió ella—. Yo conocí al joven jurista supernumerario, el doctor Goethe, de la Gewandsgasse, en Wetzlar. Respecto al ministro de Estado de Weimar, el gran poeta de Alemania, no lo he visto nunca en mi vida.

—Es sobrecogedor —resolló Mager—. Hay para extrañarse, señora Consejera áulica. Entonces, señora Consejera, debe usted venir a Weimar para...

—He venido a Weimar —interrumpió la señora anciana con altanería— para ver, después de muchos años de sepa-